Williamstown, Massachusetts

En otoño, Five Corners Café huele a *scones* de calabaza con canela. Morgan deja su abrigo en el cuarto del fondo y se pone el delantal marrón.

—Si te ve el jefe, te manda a casa —susurra la cocinera, mirándole las manos con gesto de desaprobación.

Se acaba de pintar las uñas esta misma mañana en el instituto, aunque hay que llevarlas cortas y sin esmalte.

Mientras recoge los platos sucios que han dejado los clientes, empieza a tararear la canción que lleva una semana componiendo. Los martes tiene ensayo y quiere asegurarse de terminarla a tiempo para compartirla con el resto de la banda.

Lo que Morgan no sabe es que su mundo está a punto de estallar en mil pedazos. Como un vaso de cristal que resbala entre los dedos.

# PRIMERA PARTE



# 1. Morgan

Llego a casa, me quito las Dr. Martens y las dejo tiradas en la entrada. Chester me recibe con ladridos de entusiasmo y un lametón en las manos. La abuela está preparando sopa de brócoli y queso chédar para cenar. El olor, espeso y caliente, se expande por la cocina.

—Ey, ¿qué tal, abuela? —murmuro pasando a su lado a toda velocidad para subir directamente a mi cuarto.

Necesito practicar la nueva canción antes de la cena. Tiene un rollo punk que me encanta, pero seguro que Sadie va a dar por saco cuando la escuche. No hay quien la convenza de incluir temas que no sean de pop *rock* en nuestro repertorio. Cuando se trata de *covers* es distinto, ya que tenemos que adaptarnos a la demanda del público, en plan Linkin Park, Florence and the Machine y Paramore. Aunque también les colamos alguna famosa de No Doubt, Metallica o Blondie.

Montamos la banda cuando teníamos catorce años. Se llama Scream y el logo del grupo es una versión de *El grito* de Edvard Munch en tonos rosas y morados. Ensayamos en el garaje de Jacob y Troy, que viven en una casa de campo a las afueras del pueblo y tienen unos padres inmunes al estruendo que atraviesa las paredes durante los ensayos.

—Morgan, ¡a cenar! —grita la abuela.

—¡Ya voy!

Suelto una maldición.

Mi madre ya debe de haber llegado del trabajo. Odia que se enfríe la cena, así que salgo de mi cuarto a regañadientes y bajo por la escalera. De pronto, oigo susurros en la cocina.

Algo extraño flota en el ambiente.

Al verme, la abuela esboza una sonrisa forzada y mi madre se mete disimuladamente un clínex en el bolsillo de la chaqueta.

La miro a los ojos.

Está llorando.

# 2. La llamada

Desde que Lisbeth recibió la llamada esta mañana, no ha podido dejar de llorar. Le ha resultado muy difícil disimular en el trabajo, con el lío que hay en planta y la falta de personal característica del North Adams Regional Hospital, uno de los centros médicos con peores reseñas de todo el condado.

Ahora, por fin en casa, a punto de sentarse a la mesa para cenar, no sabe cómo contarle la verdad a Morgan. La observa con ojos nuevos, analizando el contorno ovalado de su rostro, las cejas oscuras y el extraordinario color violeta de su mirada. Alguien le dijo que la causa de esa peculiaridad era, en realidad, una mutación genética conocida como síndrome de Alejandría, pero resultó ser tan solo una leyenda. Lo que sí es cierto es que menos del uno por ciento de la población mundial tiene ese tono. El mismo que hizo famosa a Elizabeth Taylor. El que le otorga a su hija un aura sobrenatural, como de criatura mitológica.

Siempre ha sabido que no sería fácil sacarla adelante ella sola. Por suerte, su madre la apoyó desde el principio. Cuando le dijo que deseaba tener un hijo y que había estado ahorrando para poder costearse el tratamiento de fecundación *in vitro* en la mejor clínica de Boston, no dudó en hipotecar su casa, pues nunca le había sobrado el dinero.

Así fue como Lisbeth acabó siendo madre de Morgan, hija de un donante anónimo, cuyo esperma fue seleccionado para fecundar sus óvulos. Aún recuerda los nervios, los viajes en coche a Boston, la emoción al oír el latido del corazón del bebé por primera vez...

Todos los recuerdos de aquella época se agolpan en su men-

te mientras se prepara para tener la conversación más difícil de toda su vida.

Empieza a servir la sopa en cuencos pequeños, mirando de reojo a Morgan. Su hija debe de haber notado que pasa algo, porque está tensa. Su espesa melena negra y ondulada está recogida de cualquier manera en un moño medio deshecho y escucha música en sus AirPods, como de costumbre, pese a que le tiene prohibido hacerlo en la mesa.

Su madre, con la misma bata azul de siempre, tiene un aire melancólico. Ha sido un gran alivio contar con su cariño esta mañana, cuando la llamó desde el trabajo para darle la noticia. Se siente afortunada de tenerla a su lado, con sus consejos, su sabiduría y esa forma optimista de afrontar la vida.

«Esto no cambia nada, Lisbeth», le dijo con serenidad.

Y ella intenta creer que así será.

Que nada de lo que tiene que decirle a Morgan cambiará su vida.

—¿Qué tal el instituto? —pregunta la abuela haciendo un esfuerzo por sonar natural.

Morgan se encoge de hombros por respuesta, mientras arranca un trozo de pan. Lleva las uñas pintadas de negro y el pequeño tatuaje con el logo de su grupo de música asoma por debajo de la manga de la sudadera morada.

De pronto, Lisbeth la mira fijamente y siente que no la reconoce.

Como si ya no fuera su hija.

—¿Se puede saber qué os pasa? —pregunta Morgan con el ceño fruncido.

Las dos mujeres intercambian una mirada sombría.

—Tengo algo muy importante que decirte —responde Lisbeth con el estómago encogido—. Hoy he recibido una llamada de la clínica de fertilidad donde me hicieron los tratamientos.

Morgan la mira entornando los enigmáticos ojos color violeta. Percibe un ligero temblor en sus pupilas.

—¿Y qué te han dicho?

Lisbeth se llena los pulmones de aire antes de contestar. Le cuesta hablar y no sabe qué palabras escoger para darle la noticia.

—Pues... resulta que... Bueno... Parece ser que... alguien cometió un error durante la transferencia de embriones —explica, intentando contener las lágrimas.

La tensión en el aire es como un engrudo pegajoso. Su madre le hace un gesto animándola a seguir. Los ojos de Morgan la taladran sin piedad.

—Lo que estoy intentando decirte es que... yo no soy tu madre biológica. La clínica intercambió accidentalmente los embriones y me transfirieron uno que pertenecía a otra mujer.

Su hija la mira estupefacta.

Lisbeth deja resbalar las lágrimas por sus mejillas con libertad.

—Cariño, lo importante es que entiendas que esto no significa nada —le dice la abuela a Morgan, acariciándole la mano que tiene apoyada en el mantel—. Tú sigues siendo mi nieta. El ADN es solo un factor más. Lo que importa es dónde has crecido y quién te ha criado. Tu madre siempre será tu madre. Somos tu familia. Eso no va a cambiar nunca.

—¿Y no te han dicho nada más? ¿Sabe también la... la otra mujer que hubo un error? —pregunta Morgan a media voz. Está pálida y a Lisbeth le parece más frágil que nunca. Como si debajo de su aspecto de adolescente altiva y rebelde se ocultara la niña sensible que fue. La que lloraba desconsoladamente cuando su madre tenía turno de noche y no estaba en casa para leerle un cuento antes de dormir.

—Sí, claro... De hecho, la otra familia fue la que descubrió lo sucedido. Van a ponerse en contacto conmigo porque quieren conocerte.

Morgan se levanta con el rostro desencajado.

Se calza las botas, le pone la correa a Chester y sale dando un portazo.